

En Semanario JAQUE, separata, Montevideo, viernes 13 de julio de 1984, p. 16.

UNA SEMBLANZA

Carlos Martínez Moreno

Conocí a Carlos Real de Azúa en 1936. Y recuerdo el tema de la primera conversación importante que mantuve con él, en uno de los pasillos de la Facultad de Derecho: la guerra de España. Yo era un devoto de la causa de la República; él, con no menos fervor, sostenía la de los rebeldes. Me interpeló, casi sin conocerme, para referirse a un artículo mío, aparecido como colaboración en *El Día*, diario en el cual yo no trabajaba. El título de ese artículo era el de “La contradicción de don M. de Unamuno”. “Muy bien” – me dijo Real de Azúa, como un extracto de su juicio –. “Muy bien, es decir muy mal”. Y me detalló la paradoja: la contradicción de Unamuno, a tenor de sus recientes declaraciones y con respecto a viejas opiniones suyas de los tiempos de Primo de Rivera, era evidente. Pero, desde su punto de vista, era bienvenida. Discutimos un buen rato y de ese modo hicimos nuestra amistad.

En 1942 ingresamos ambos a *Marcha*. Carlos Quijano – muerto en estos mismos días en que escribo – nos reclutó del aula de Economía Política, por aquellos días a su cargo. Allí yo comencé a escribir mi crónica de teatros y Real de Azúa los ensayos que, en el tránsito hacia su madurez (más allá de la época española) harían de él a uno de los creadores críticos (Ángel Rama habla, en término feliz, de su “imaginación sociológica”) más importantes del Uruguay, sin amonestación de tiempo o delimitación generacional. Decir que fue el ensayista más eminente de la Generación del 45 es decir muy poco, puesto que fue casi el único en un proceso que – otros lo han anotado antes – derivó desde una inicial preferencia por el fenómeno literario a una central y definitiva pasión por las ideas sociales y políticas.

Los años de *Marcha* se cierran, tanto para mí como para él, cuando el semanario es clausurado por el régimen militar, en noviembre de 1974. Real de Azúa morirá tres años y meses más tarde, en plena madurez y asendereada posesión de su pensamiento crítico, rico y barroco como ninguno.

Sobre esos más de treinta años en que la escritura de Real de Azúa alienta en *Marcha* y la prestigia, hay toda una leyenda. Ángel Rama escribe: “Un ejemplo paradigmático de su forma arborescente de trabajar, que hizo el padecimiento de linotipistas y correctores del semanario *Marcha* durante años (hasta el punto de hacerle una huelga a sus colaboraciones) pues las pruebas eran objeto de incesante reescritura y ampliación, lo que obligaba a rehacerlas íntegras a partir de un manuscrito escrito hasta los bordes y lleno de tachaduras y enmiendas...”. No podría asegurar que la huelga referida haya pasado nunca de su anuncio o amenaza, pues Real de Azúa disfrutaba de cabal simpatía entre

la gente de Talleres Gráficos 33 y sobornaba esa amistad con las comuniones compartidas, tales como las que se oficiaban en los altares de Peñarol. Pero me acuerdo muy bien de que Real de Azúa se quejaba por el hecho de que se le entregaran siempre sus galeras para la corrección de pruebas en bandas de papel más angostas que aquéllas que se usaban de sólo y nos llegaban a nosotros, a fin de evitar —en su caso— que escribiera a orillas del primero otro texto tan caudaloso como el inicial o más henchido todavía. Era una consecuencia de su forma arborescente de trabajar, como dice Ángel Rama. La cual era a su vez —y él no lo dice— resultado del modo inacabable en que mentalmente ejercitaba y acataba en sí mismo el auge de los procesos asociativos. El Real de Azúa errabundo, espasmódicamente tartamudo y a veces inesperado en los fulgurantes trances de la creación de una frase verbal, que hacía a un tiempo las delicias, los sortilegios y las fatigas de su conversación, era el campeón imbatible de la asociación de ideas, una asociación de ideas incoercible, ocasionalmente brillante y a menudo laberíntica, tan legítima en los arbitrios de su estructura discursiva (si es que la había) como en otros podría ser el rigor austero de la concreción, pero innegablemente más iridiscente, enriquecedora y amena.

Ángel Rama afirma, y es cierto, que la desembocadura de esa forma arborescente de trabajar y en buenas cuentas de pensar se dio, en los últimos ensayos de Real de Azúa, y en la praxis de su elocución, por el expediente de que proliferaran sus notas al pie, las cuales acababan por pergeñar un segundo ensayo, al margen y en addenda del ensayo inicial, complejizando y diversificando a la vez las estructuras del texto y las posibilidades y los alicientes de sucesivas lecturas. Era además, en el generoso fluir del derrame de sus motivaciones, la forma acaso subconscientemente elegida por Real de Azúa para transgredir los mandatos de extensión máxima impartidos por los editores. Tengo muy presente, al respecto, la profusión excesiva, la largueza en páginas junto a la espesura de contenidos de su excelente ensayo para *Uruguay hoy*, de Siglo XXI Argentina, violando los límites preestablecidos por la cordura del compaginador Orfila Raynal y distorsionando, de algún modo, la armonía interna del volumen como un todo, en su composición a varias voces y en el equilibrio de su armazón plural.

En su condición de militante político, Real de Azúa frecuentó muchas tiendas y, en definitiva, no perduró en ninguna de ellas. Fue integrante y animador de *Nuevas bases*, un grupo de examen y crítica de la realidad sociopolítica del país, que acabó por empujar a gente valiosa a disímiles vertederos a izquierda y derecha, hacia el nacionalismo y hacia el socialismo, y terminó por desintegrarse sin dejar rastro, hasta el punto de que gente bien informada suele ignorar hoy su existencia y trayectoria. Figuró después, por un período, en las filas del *Ruralismo*, creyendo que fuese posible extraer una experiencia de acción fecunda y novedosa de las inspiraciones de Benito Nardone. Y asimismo prestó su adhesión a tentativas de izquierda como la de la *Unión Popular* entre Erro y los socialistas, cristalizada en la lista 4190 y en el

chasco de su final destino de tan desparejas adjudicaciones electorales. Por último, en octubre de 1970, firmó con otras varias personas (entre quienes yo mismo) la convocatoria a un estilo distinto de coalición de fuerzas, la cual se encauzó en 1971 en el *Frente Amplio*. La fluencia torrentosa del pensamiento político de Real de Azúa y el versátil pero, más allá de las apariencias en contrario, coherente proceso de la inserción de su conducta en la invariable lealtad a ciertos fines, alientan – con cierta engañosa visualización proteiforme y camaleónica – en tales transformaciones, virajes y cambios. Criatura de filiación espiritualista y católica, en el bagaje de la cultura de las clases altas – así como otros hemos podido creer que representábamos el de las clases medias – y con una particular aleación de elementos de nacionalismo y progresismo en una *weltanschaaung* muy propia, compuesta e independiente, Real de Azúa debió ser cabalmente el fundador, por ser el más sabio y el mejor dotado de los posibles candidatos, de la cátedra de Política que se creó hace algunos años en nuestra Facultad de Derecho. Y por razones accidentales, aleatorias y poco creíbles no lo fue, en uno de los varios azares de frustración de los que estuvo sembrada su existencia, por otros conceptos tan bizarra, estudiosa y plena.

La probidad escrupulosa, incompaciente y severa fue uno de los mejores rasgos del espíritu creador y del intelecto de Real de Azúa. Parece oportuno que él cierre aquí una afectuosa evocación de su figura.

México D.F., junio de 1984